

singladuras

DANIEL ZAZO



Editorial
PÁRAMO

PERIPLO

levar anclas

(A MODO DE POÉTICA)

Escribir es librar un combate contra uno mismo
en un recinto que en ocasiones se antoja tan estrecho
como un desfiladero que, pese a su voluntad,
no puede evitar abrir una brecha
y quebrar en dos el paisaje
y, en otras, se abre ante nosotros todo un horizonte
que nos sobrecoge con su vasta inmensidad.
Ambos espacios tienen algo en común:
más allá de su perímetro
y de sus casi imperceptibles bordes,
solo existe un pozo sin fondo
del que nunca nadie ha podido regresar.

(AVE DE CAMPO ABIERTO)

La semilla que brota en el vientre de una golondrina
alberga la cálida promesa del viaje
y la agitada emoción de los preparativos
ante la incertidumbre de la tierra ignota.
Su canto es un grito inaudible en el bosque,
no luce su pectoral ningún estandarte
y la simetría de sus alas de iridio
no atrae a las pupilas de ninguna hembra.
Sus cuarteles de invierno dejan de ser fortín
y no hay remanso de paz tras el ingrátido vuelo.
Frente al frágil silencio de la noche
y la sempiterna presencia del depredador
solo el nido en el granero le ofrece refugio.
Es lo vulnerable de este ave de campo abierto
lo que nos seduce y la convierte en imán.

(PROVISIONES EN LAS ALFORJAS)

Si quieres que el viaje te lleve a buen puerto
procura no olvidar nunca el lugar de origen
—las raíces señalan el camino de regreso—.
Asegúrate, cuando las grullas levanten el vuelo
y los labriegos siembren el trigo en los campos,
de tener reservas de leña en el establo
—las lluvias pertenecen al vientre del otoño—.
Y evita, eso sí, cerrar con llave la puerta de casa:
No te preocupes si al volver del largo viaje
alguien, en una noche cerrada de invierno,
buscó refugio e hizo lumbre en tu hogar,
que no inoculen en ti el virus de la duda.
Y recuerda que en estos tiempos que corren,
donde se impone la insolencia de los buitres,
el respaldo y el envés de unas manos
nos alejan de la barbarie y nos salvan de las ruinas.
Se puede llegar lejos, muy lejos,
sin más provisión que un ala rota en las alforjas.

(COMPAÑERA DE VIAJE)

Eres grafeno y porcelana, zafiro y espora,
coraza de esparto en la tierra hostil del pasado,
cintura de nailon que repele a la polilla y a la alabarda,
el relente que anega de certezas la tierra yerma.
Eres el meridiano que franquea el sueño
y hace de la aurora un arrecife de coral,
la calma chicha que detiene las naves
justo al borde de los dominios de Caribdis
y que antepone a la vorágine la sensatez.

En ti convive el sino del bumerán,
pero, a pesar de tu querencia por la ráfaga
y por el ímpetu al lanzar para dar en la diana,
nunca te decantas por la captura, al vuelo,
de la mansa caricia que recorre tu espalda.

No te abandona la inocencia de la niña
que reconozco en ese torpe ademán
y en la mirada que nada tiene que ver
con el brillo del esmalte y el acabado del barniz.

Eres la luz que siempre permanece encendida,
la pócima que, más allá de los umbrales de la quietud,
combate la gota fría, la risa de las hienas
y el peso del péndulo que espolea mis pasos
con la firmeza de un manojito de grilletes
y sin margen para el error.

(ODISEO)

Soy el polizón que, amarrado de pies y manos
al mástil de mesana de la vieja embarcación,
asiste al alto el fuego de la lluvia en la cubierta
y alza la vista al cielo y las nubes se tornan galeras,
las velas se pliegan y el timón reconduce el rumbo.
La travesía termina, la tierra se avista a estribor
y el ancla disuade todas las corrientes.
No hizo falta una hidra como mascarón de proa
ni el cuaderno de bitácora en la cámara del oficial.
Salimos indemnes del canto de las sirenas,
del baile de los faunos, de los perros de Escila
y de las feroces embestidas del Leviatán.

(ERROR DE CÁLCULO)

Quisiste construir un puente entre las horas
para reducir la escasa distancia que separa
la noche y su estocada,
la buenaventura de la echadora de cartas
o la boca del tragafuegos de la antorcha y la llama.

Pero ni el diseño ni el cálculo de estructuras eran tu fuerte.
Solo lograste fundar un hogar en las afueras,
allí donde se unen el claro de luna
y la temible presencia de la boa.

(WHITE HORSES)

*“Wild, white horses
they will take me away”
The Rip, Portishead*

Los blancos caballos de la canción de Portishead
cabalgan por el tierno pergamino de tu espalda
y por la pronunciada cornisa de la noche.
Desorientados por el humo del hachís
y por el denso perfume que inunda esta celda,
mezcla de alquimia y enigma,
colmillo y aguijón,
invaden este tiempo huérfano de orillas
donde el resuello es alivio y molicie
y para el que las certezas son siempre etéreas.
Desbocados y sin jinete que les haga frente
devastan puentes, alambradas y cercados
dejando solo en pie cantuesos y retamas.
En su estampida levantan una polvareda
de la que nosotros, maniatados por el sueño,
solo percibimos desde este lecho de lava
el remoto eco de sus pezuñas en fuga.

(NOCHE EN VELA)

Librar la batalla contra la vigilia.
Ese era su único objetivo.
Vencer al párpado en el difícil pulso al alba,
que las espigas del sueño resistan
a las embestidas de esa tormenta de lava
y óleo que modela las pesadillas,
que la melancolía no allane el camino
a los perversos ogros de la memoria
y que los recuerdos se vuelvan alquimia
a lomos de las alas tenebrosas de la noche.

(IMPUGNACIÓN A LA OSCURIDAD)

Querer ser carrete velado por la luz,
halo de luna en mitad de esta sempiterna noche,
haz de rayos que deja al descubierto una sombra
en el impreciso umbral de la alborada,
escorzo que encapsula el párpado de la mañana
y tallo que se alza hasta el fósforo prendido
en el fogón incandescente del horizonte.

(EROS PERVIVE APRESADO
EN LA OBRA DE CANOVA)

Una obra nos impactó por encima de todas,
dominaba el espacio con el recato
de quien pretende pasar desapercibido
en aquella ala de la planta baja del Louvre.

Canova encerró lo sublime en un círculo:
La mirada contenida, la ternura a flor de piel,
lo sensual de la carne, la fusión de dos almas,
la tensión que precede al primer beso,
los labios que están a punto de encontrarse,
la redención del espíritu, el triunfo del amor.

Y todo ello en el centro de la circunferencia
en el que converge la composición en aspa
que modela la escultura de Eros y Psique.

El mármol blanco nos recordó, al unísono,
a los dos, al brote de una nívea flor.

(REINO ANIMAL)

Recorrí en tus brazos y —sin pretenderlo—
la distancia que media entre el susurro y el grito.
Lo hice a la velocidad con la que el leopardo
alcanza la esbelta zancada del antílope.

Lo que vino después es harto conocido:
el festín de la carne y sus vísceras,
el aroma de lo que, pese al último estertor,
mantiene terso y en tensión cada pliegue de la piel
y el enjambre de insectos satisfechos con los restos.

Ser piraña o caimán que rastrea el olor de la sangre
y siega la quietud vespertina del domingo.